

maño despues Martéll, que quiere decir *martillo* ⁽¹⁾, pone cerco á Narbona, pero los ismaelitas la defienden con valor, y le obligan á levantar el sitio con gran pérdida ⁽²⁾.

La derrota de Poitiers, acaecida en 732 ⁽³⁾, puso término al engrandecimiento de los árabes en Occidente, y acaso les impidió hacerse los dominadores de toda Europa, que tal habia sido el pensamiento de muchos de sus caudillos. Ella completó tambien el abatimiento de la casa real de Clodovéo, y fué el principio y cimiento del imperio Franco-Germano de Occidente, y la base sobre que Cárlos Martéll fundó la soberanía de la Galia para los herederos de Pepiño de Herestall.

(1) «Por los terribles golpes que á manera de martillo descargó sobre los enemigos en esta batalla, segun la Crónica de Saint-Denis.»
 (2) Isid. Pac. Cron. n. 59.—Conde, Dominac. cap. 25.—Fregario, Cron.—Anales de Aniano.—Fauriel, Hist. de la Gaule meridion.
 (3) Conde la pone en 733: las crónicas francas todas en 732.

CAPITULO III.

PELAYO.—COVADONGA.—ALFONSO.

De 711 á 756.

Los cristianos en Asturias.—Pelayo.—Combate de Covadonga.—Triunfo glorioso.—Formacion de un reino cristiano en Asturias y principio de la independencia española.—Reinado de Pelayo.—Su muerte.—Idem de su hijo Favila.—Elevacion de Alfonso I.—Estado de la España musulmana al advenimiento de Alfonso.—Sus guerras en la Galia con Cárlos Martéll.—Rebeliones y triunfos de los berberiscos en Africa.—Escisiones entre las razas musulmicas de España.—Atrevidas escursiones y gloriosas conquistas de Alfonso el Católico.—Terror de los árabes.—Nueva irrupcion de africanos.—Designacion de comarcas para el asiento de cada tribu.—Renuévanse con furor las guerras civiles entre las razas musulmanas.—Fraccionamiento de provincias.—Anárquica situacion de la España sarracena.

¿Era toda la España sarracena? ¿Obedecia toda á la ley de Mahoma? ¿Era en todas partes el Dios de los cristianos tributario del Dios del Islam? ¿Habian desaparecido todos los restos de la sociedad goda? ¿Habia muerto la España como nacion? No: aun vivia, aunque desvalida y pobre, en un estrecho rincon de este poco ha tan vasto y poderoso reino, como un

desgraciado á quien han asaltado su casa y robado su hacienda, dejando solo un triste y oscuro albergue en que los salteadores con la algazara de recoger su presa no llegaron á reparar.

Desde la catástrofe del Guadalete y al paso que los invasores avanzaban por el interior de la Península, multitud de cristianos, sobrecogidos de pavor y temerosos de caer bajo el yugo de los conquistadores, buscaron su salvacion y trataron de ganar un asilo en las asperezas de los montes y al abrigo de los riscos de las regiones septentrionales, llevándose consigo toda su riqueza moviliaria, las alhajas de sus templos y los objetos mas preciosos de su culto. Obispos, sacerdotes, monjes, labradores, artesanos y guerreros, hombres, mugeres y niños, huían desparvoridos á las fragosidades de las sierras en busca de un valladar que los pusiera al amparo del devastador torrente. Los unos ganaron la Septimania, los otros se cobijaron entre las breñas y sinuosidades de la gran cadena de los Pirineos, de la Cantabria, de Galicia y de Asturias. Este última comarca, situada á una estremidad de la Península, se hizo como el foco y principal receptáculo de los fugitivos. Pais cortado en todas direcciones por inaccesibles y escarpadas rocas, hondos valles, espesos bosques y estrechas gargantas y desfiladeros, una de las póstreras regiones del mundo en que lograron penetrar las águilas romanas, no muy dócil al dominio de los godos, contra

el cual apenas cesó de protestar por espacio de tres siglos, parecióles á aquellas asustadas gentes el mas á propósito para guarecerse con menos probabilidad de ser hostilizados, y para atrincherarse y defenderse en el caso de ser acometidos. Diéronles benévola acogida los rústicos é independientes moradores de aquellas montañas, y allí vivían naturales y refugiados, si no contentos, resignados al menos con su estrechez y sus privaciones, prefiriéndolas al goce de sus haciendas á trueque de no verse sujetos á los enemigos de su patria y de su fé. La fé y la patria eran las que los habían congregado allí. En el corazon de aquellos riscos y entre un puñado de españoles y godos, restos de la monarquía hispano-goda confundidos ya en el infortunio bajo la sola denominacion de españoles y cristianos, nació el pensamiento grande, glorioso, salvador, temerario entonces, de recobrar la nacionalidad perdida, de enarbolar el pendon de la fé, y á la santa voz de religion y de patria sacudir el yugo de las armas sarracenas.

Los mahometanos, por su parte habíanse cuidado poco de la conquista de un pais que sobre ser de difícil acceso debió parecerles miserable y pobre en cotejo de las fértiles y risueñas campiñas de Mediodía y Oriente de que acababan de posesionarse, mucho mas no sospechando lo que se ocultaba dentro de aquellas montuosas guaridas. Parece, no obstante, que bajo el gobierno del cuarto walí Ayub llegaron

algunos destacamentos enemigos á la parte llana de Asturias, y que hallándola desierta, por haberse retirado sus moradores á lo mas fragoso de sus bosques y breñas, se apoderaron fácilmente de las aldeas y puertos de la costa. Dejaron por gobernador en Gegio ó Gigio (hoy Gijon) á un gefe que nuestras crónicas nombran Munuza, y que fué sin duda el Othman ben Abu Neza de que hemos hablado en el anterior capítulo.

Faltábales á los cristianos allí guarecidos un caudillo de tan grandes prendas como se necesitaba para que los guiara en tan grande y atrevida empresa como la que habian meditado. La Providencia les depuso un noble godo nombrado Pelayo, hijo de Favila, antiguo duque de Cantabria, y de la sangre real de Rodrigo. Habia sido Pelayo conde de los espatarios ó sea de la guardia del último monarca; habia peleado heroicamente en la batalla de Guadalete, y la fama de sus proezas, y la gallardía de su persona, y la nobleza de su alcurnia, todo contribuyó á que los asturianos se agruparan en derredor suyo y le aclamaran unánimemente por gefe y capitan de aquella improvisada milicia religiosa, de aquella grey de fervorosos cristianos, mas provistos de entusiasmo y de fé que de armas y materiales medios para la defensa. Pelayo aceptó, á fuer de hombre religioso y de varon esforzado y amante de su patria, el difícil y honroso cargo que se le confiaba, y dióse principio á la obra der-

ramándose aquellas gentes por las comarcas vecinas de Cangas de Onís, llamada entonces Cánicas.

Llegó la noticia del levantamiento de los astures á oídos del walí el Horr, á tiempo que éste se disponia á penetrar con sus huestes en la Galia Gótica, y no dando grande importancia al movimiento de Asturias, encargó á su lugarteniente Alkamah la empresa de sujetar los asturianos. Partió, pues, Alkamah con un cuerpo de ejército respetable, si bien es de sospechar que hayan exagerado su cifra los primeros cronistas españoles. A la aproximacion de la hueste sarracena no creyendo Pelayo conveniente esperarle en Cangas, se retiró con todo el pueblo hácia el monte Auseba. Las mugeres, viejos y niños buscaron lo mas fragoso de las breñas para cobijarse, mientras los hombres de armas se situaban en las alturas y colinas desde donde mejor pudieran ofender á los enemigos que se atrevieran á penetrar por aquellos desfiladeros.

A la estremidad de un estrecho y sombrío valle al Oriente de Cangas, que torciendo un poco hácia Occidente forma una cuenca limitada por tres cerros, se levanta una enorme roca de ciento veinte y ocho pies de elevacion, en cuyo centro hay una abertura natural que constituye una caverna ó gruta, entonces como ahora llamada por los naturales la cueva de Covadonga. Allí se retiró Pelayo con cuantos soldados podian caber en aquel agreste recinto, colocando el resto de sus gentes en las alturas y bosques que cier-

ran y estrechan el valle regado por el Deva, y allí esperó con serenidad al enemigo, contando más con la protección del cielo que con sus fuerzas. Noticioso Alkamah de la retirada de Pelayo, orgulloso y confiado hizo avanzar su ejército encajonado por aquella cañada, no pudiendo presentar sino un frente igual al que oponían los refugiados en la cueva, quedando sus inmensos flancos espuestos á los ataques de los que en las colinas laterales se hallaban emboscados. Entonces comenzó aquel ataque famoso, cuya celebridad durará tanto como dure la memoria de los hombres. Las flechas que los árabes arrojaban solían rebotar en la roca y herir de rechazo á los infieles, mezcladas con las que desde la gruta lanzaban los cristianos. Al propio tiempo los que se hallaban apostados entre las breñas hacían rodar á lo hondo del valle enormes peñascos y troncos de árboles que aplastaban bajo su peso á los agarenos y les causaban horrible destrozo. Apoderóse el desaliento de los musulmanes, tanto como crecía el ánimo de los cristianos, á quienes vigorizaba la fé y alentaba la idea de que Dios peleaba por ellos.

Cuando Alkamah vió sucumbir á su compañero Suleiman, intentó ganar la falda del monte Auseba y ordenó la retirada. Embarazábanse unos á otros en aquellas angosturas. Levantóse en esto una tempestad que vino á aumentar el espanto y el terror en los que iban ya de vencida. El estampido de los truenos, cuyo

eco retumbaba con fragor por montes y riscos, la lluvia que se desgajaba á torrentes, las peñas y troncos que de todos lados sobre los árabes caían, el movedizo suelo que con la lluvia se aplastaba y hundía bajo los pies de los que habían logrado ganar alguna pendiente, y que caían resbalando por aquellos senderos sobre los que se rebullían confusos en el valle, y que perecían ahogados en las desbordadas aguas del Deva, todo contribuyó á hacer creer que hasta los montes se desplomaban sobre los soldados de Mahoma. Horrible fué la mortandad: hay quien afirma no haber quedado un solo musulmán que pudiera contar el desastre; de todos modos el triunfo cristiano fué glorioso y completo; por mucho tiempo cuando las crecientes del río descarnaban las faldas de las colinas, se descubrían los huesos y armaduras de los soldados sarracenos. En medio de la Vega de Cangas una capilla con la advocación de la Santa Cruz muestra todavía el sitio en que se atrevió ya Pelayo á atacar en campo raso á sus diezmados enemigos. Aconteció este famoso suceso en el año 99 de la hegira, 718 de Jesucristo (1).

(1) Para la relación que acabamos de hacer del levantamiento de Asturias, de la proclamación de Pelayo y de la batalla de Covadonga, hemos recogido cuanto hemos hallado de más comprobado y verosímil en los escritores árabes y cristianos, desnudo de las exageraciones y fábulas, de las invenciones maravillosas y de las extravagantes aserciones con que algunos parecen haberse propuesto embrollar este brillante período de nuestra historia, los unos llevados del fanatismo propio de su época, los otros arrastrados de una especie de pirronismo histórico. Así no extrañamos que el doctor Dunhan

Admiremos aquí los altos designios del que rige los pueblos y tiene en su mano los destinos de las

se viera embarazado hasta el punto de expresarse de la manera siguiente: «Hay tanta confusión, tanta contradicción, y á veces tal carencia de probabilidad en las oscuras autoridades relativas á este período, así árabes como cristianas, que es desesperada empresa la del que aspira á formar una narración algo racional y un tanto ordenada del reinado de Pelayo. Bien es verdad que cuando discrepan las autoridades, toca á la razón dar el fallo...» Esto es precisamente lo que nosotros hemos procurado hacer, con la diferencia que no tenemos por tan desesperada empresa como el historiador inglés, el entresacar de entre tan encontrados relatos lo mas conforme á la autoridad, á la razón y á la tradición. Creemos que basta para ello un mediano criterio.

Convenimos en que se ha entrollado mucho este período, ó por lo menos ha habido riesgo de que así sucediese, máxime desde que algunos críticos españoles conocidos por su prurito de sentar opiniones nuevas y peregrinas, pretendieron trastornar toda la cronología de estos sucesos, suponiendo no haber acontecido hasta el año 756, es decir, 38 años mas tarde de lo universalmente admitido. Sustentó el primero esta asercion el erudito Pellicer, á quien un historiador moderno (Ortiz) llama el *Hardouin de España*, «por su ciega manía en decir cosas nuevas y sostener paradojas,» y á quien siguieron Mondejar, Masdeu y Noguera, aquejados tambien del mismo furor de novedad. Sirviéoles de principal apoyo y fun-

damento el silencio del Pacense, único cronista español contemporáneo, acerca de todo lo acaecido en Asturias. Ciertamente es notable y lastimoso el silencio que sobre tan importantes sucesos guarda el obispo cronista. Mas por fortuna, sobre no pasar de ser un argumento negativo, ha venido la publicación posterior de historias árabes que aquellos críticos no conocieron, á confirmar la cronología general recibida y que nosotros seguimos. ¿No pudiera además el Pacense haber escrito aparte los sucesos de Asturias, y haberse perdido su obra, como desgraciadamente sucedió con el Epítome de la Historia de los Arabes, de que el mismo Isidoro nos habla en el n. 65 de su Crónica?

Por otra parte, mientras Noguera niega el título de rey á Pelayo, Masdeu empieza su catálogo de reyes desde Teodomiro y Atanailde ó Atanagildo, tocándole á Pelayo ser el tercer rey de España. Nos parece aventurada la opinion primera, ó infundada la segunda.

Masdeu sostiene que los árabes no llegaron nunca á Gijón, y que Munuza no era gobernador de *Gegio*, sino de *Legio*, Leon. La similitud del nombre y la circunstancia de pertenecer entonces Leon á las Asturias, podrian hacerlo verosímil. Pero sus esfuerzos para probar que fuese *Legio* y no *Gegio* han sido insuficientes para persuadirlo.

Mas razón nos parece que tienen Pellicer y Masdeu para dar por fabulosa la ida del obispo Oppas á Asturias y su presencia en la batalla, cuanto mas los lar-

naciones. El inmenso poder de aquellos godos, á cuyo pujante brazo no habia podido resistir el coloso de

gos razonamientos que dice Mariana pasaron entre el obispo y Pelayo, y que nos da integros y á la letra segun su costumbre. Lo cual, dice un escritor de nuestro siglo, lleva un sello de falsedad tan evidente que avergüenza hablar de ello. Tampoco falta quien añada haberse hallado y muerto en el combate el conde Julian y los hijos de Witiza: lo que consignamos, porque se vea que no ha quedado nada por decir de aquella célebre familia.

En cuanto á la genealogía de Pelayo hay tambien variedad y confusión. La crónica Albeldense le hace hijo de Veremundo ó Bermudo y sobrino de Rodrigo. Sebastian de Salamanca le supone hijo de Favila, duque de Cantabria. Duque de Alava llama á su padre la crónica de Oviedo.

El P. Mariana da un origen muy singular al gran suceso de Asturias. En la idea de que la incontinencia de un rey cristiano (Rodrigo) fué la causa de la pérdida de España, buscó el desquite en la incontinencia de un gobernador moro para encontrar la causa de su restauracion. Al efecto supone que Munuza se enamoró ciegamente de una hermana de Pelayo, extraordinariamente hermosa, como era menester que fuese; y que no pudiendo lograrla en matrimonio, halló medio de enviar á Pelayo con una comision á Córdoba para el caudillo Tarik, cuya ausencia aprovechó el moro para satisfacer su torpe deseo. Noticioso Pelayo á su vuelta é indignado de la afrenta y deshonor de su hermana, juró vengarse del atrevido y deshonesto moro, y de aquí

la excitacion á los asturianos á tomar las armas y todo lo demas que se siguió, y que el historiador exorna con circunstancias todas singulares, sin que podamos saber de donde tomó la fabula y sus decoraciones. El caso es que el Padre d'Orleans, el Abad de Vairac y la compilacion de Paquis, tomaron ciegamente la fábula del historiador español, la cual ha podido ser muy buena para dar argumento á Moratin, padre, para su tragedia de Ormesinda, y á Jovellanos y Quintana para su Pelayo.

Escusado es decir que el P. Mariana acoge de lleno todos los milagros que se cuentan de la batalla de Covadonga.

Las crónicas antiguas hacen subir el ejército árabe que combatió en Asturias á una cifra que asombra. Sebastian de Salamanca sienta muy formalmente que murieron en la primera refriega *cientos veinte y cuatro mil moros* (caldeos llama él), y que los *sesenta y tres mil* restantes perecieron aplastados bajo aquella colina que se desgajó. De manera que segun el cronista, á quien han seguido el monje de Silos y otros posteriores, hasta el canónigo Ortiz, historiador de nuestro siglo, el ejército moro se componia de *cientos ochenta y siete mil hombres*, que todos perecieron sin quedar uno solo que lo contara. Si así fué, bien hacen en recurrir á dos milagros visibles para explicar la derrota de Covadonga, pues de otro modo seria imposible. Don Rodrigo de Toledo solo hace perecer veinte mil en la primera pelea, y despues en la retirada una gran muchedumbre. A este sigue sin

Roma, de aquellos godos vencedores de cien pueblos, dominadores de España, de Africa y de la Galia, vióse reducido á un puñado de montañeses guarecidos en un rincón de esta Península, dentro de una cueva, capitaneados por un caudillo, en cuyas venas corría mezclada y confundida la sangre goda y la sangre española. Y del corazón de aquella gruta había de salir un poder nuevo, que había de luchar con otro

duda el P. Mariana. Un historiador árabe (Ebn Haiyan, in Ahmed) toma su exageración por otro estilo. Este dice que el comandante de los infieles (Pelayo) se encerró en una cueva con trescientos hombres, los cuales todos perecieron de hambre y de fatiga, excepto treinta hombres y diez mujeres que sobrevivieron y se alimenta-

ban de miel que las abejas habían dejado en las hendiduras de la roca. Por último, en el *Moro Espóxito* de nuestro ilustrado contemporáneo el duque de Rivas, se acaba de poner el sello á la exageración en el romance que supone cantado por un rústico como canción popular en la España antigua, y dice así:

El valeroso Pelayo
cercado está en Covadonga
por cuatrocientos mil moros
que en el zancarrón adoran.
Solo cuarenta cristianos
tiene, y aun veinte le sobran.

Y concluye diciendo:

Cuatrocientas mil cabezas
de los perros de Mahoma
los valerosos cristianos
siegan, hienden y destrozan;
concediendo así la Virgen
al gran Pelayo victoria.

Peró no era en España solo donde de tal manera se ponderaban las pérdidas de los infieles. Las crónicas cristianas francesas hacían subir el número de árabes muertos en el sitio de Tolosa á la enorme cifra de trescientos setenta y

cinco mil, y á otros tantos en la batalla de Poitiers, si bien acaso algunos los confundieron. Menester es disimular tales hipérboles á las gentes de aquel tiempo en su ansia de exterminar á los enemigos de su religión.

pueblo gigante, y había de ser el fundador de un estado que con el tiempo había de dominar dos mundos. Pelayo cobijado en la caverna de Covadonga, semejamos á la semilla desprendida de un árbol viejo cortado por el hacha del leñador, que encarcelada dentro del hueso ha de romperle, brotar, desarrollarse, crecer, fructificar y formar con el tiempo un árbol más lozano, robusto y vigoroso que el que le había engendrado, y cuyas ramas se han de estender por todo el universo.

Aunque el memorable triunfo de Covadonga se explique, como lo hemos visto, por sus causas naturales, preciso es no obstante reconocer en aquel conjunto de extraordinarias y portentosas circunstancias algo que parece esceder los límites de lo natural y humano. En pocas ocasiones ha podido ser más manifiesta para el hombre de creencias religiosas la protección del cielo. Por lo mismo no nos maravilla que los escritores de una edad de tanta fé lo dieran todo al milagro y á la mediación de la Virgen María, cuya imagen había llevado consigo Pelayo á la cueva. Las historias árabes refieren también el suceso con asombro, no disimulan haber sido horrible la matanza, y hacen justicia al valor y á la audacia de *Belay el Rumi* (Pelayo el Romano), como ellas le nombran ⁽¹⁾. El go-

(1) Sabido es que los árabes también significaba el *cristiano*, llamaban *romano* á todo el que no fuese árabe, ó acaso godo puro. el *extrangero*.

bernador de Gegio, Munuza, sabedor de la derrota de los suyos y de la muerte de Alkamah, no se contempló seguro en Asturias, y retiróse hácia la España Oriental. Algunas crónicas cristianas afirman haber sido alcanzado y muerto en la vega de Ovalle por el héroe mismo de Covadonga; acaso pudo creerse así entonces: mas este relato le contradicen los posteriores hechos de Munuza que en el precedente capítulo dejamos referidos. Quedó no obstante con esto todo el territorio de Asturias comprendido entre los montes y el mar, libre de soldados sarracenos.

En el entusiasmo de la victoria, los asturianos apellidaron rey á Pelayo: principio de una nueva monarquía, de la monarquía española; porque la religion y el infortunio han identificado á godos y romano-hispanos, y no forman ya sino un solo pueblo; y Pelayo, godo y español, es el caudillo que une la antigua monarquía goda que acabó en Guadalete con la nueva monarquía española que comienza en Covadonga. A la salida de esta célebre cueva hay un campo llamado todavía de *Repelayo* (síncopa sin duda de Rey Pelayo), donde es fama tradicional que se hizo la proclamacion levantándole sobre el pavés; y nada mas natural que este acto de recompensa de parte de aquellas gentes hácia el valeroso caudillo que las habia conducido á la victoria, en el primer sitio en que pudo hacer alto el ejército vencedor. A una legua junto al pueblo de Soto se halla el *Campo de la Jura*,

donde hasta el siglo presente iban los jueces del concejo de Cangas á tomar posesion de la vara de la justicia. Respetables y tiernas prácticas tradicionales de los pueblos que recuerdan con emocion la humilde y gloriosa cuna en que nació el legítimo principio de la autoridad.

O no conocieron los árabes toda la importancia de su desastre de Asturias, ó entretenidos á la otra parte de los Pirineos en la empresa de posesionarse de la Septimania gótica, descuidaron reparar el contratiempo de Covadonga, ó no tuvieron tropas que destinar á ello. Es lo cierto que una paz que parecia providencial proporcionó á Pelayo tiempo y quietud para poder dedicarse á la organizacion de su pequeño estado. La fama de su triunfo fué atrayendo á aquel primer asilo de la libertad á los cristianos de las vecinas comarcas, que abandonando sus hogares y haciendas acudian ansiosos de aspirar el aire de la independencia y de vivir entre aquellos esforzados montañeses, que tenian la misma fé y hablaban la misma lengua que ellos. A medida que la poblacion iba creciendo, y que la seguridad infundia aliento á los moradores de las montañas, iban descendiendo de las breñas y bosques á los valles y á los llanos. La necesidad y la conveniencia les prescribia ocuparse en dosmontar terrenos incultos, en laborear los campos, en apacentar sus ganados, en edificar templos y casas, en ensanchar el recinto de sus pequeñas aldeas, y en

aplicar cada cual su industria para ir las fortaleciendo; entre ellas debió ser una de las que recibieron mas agregaciones la corta villa de Cangas, destinada á ser la capital de aquel diminuto reino. Natural era tambien, aunque las crónicas no lo digan, que Pelayo se consagrara en aquel período de paz á ejercitar á sus soldados en el manejo de las armas, y á dar á su pueblo una organizacion á la vez militar y civil, como lo es siempre la de los pueblos nacientes que conquistan su existencia por la guerra y tienen que sostenerla con la espada. No nos hablan las historias de nuevas batallas que tuviera que dar Pelayo. No hostilizado por los enemigos, fué por su parte muy prudente en no aventurarse á escursiones que hubieran podido ser peligrosas, y contento con haber formado el núcleo de la nueva monarquía, dedicado á consolidarla y robustecerla, reinó diez y nueve años, al cabo de los cuales murió pacíficamente en Cangas (737 de J. C.). Los restos mortales del ilustre restaurador de la independencia española fueron sepultados en Santa Eulalia de Abamia (antes Velamia), á una legua de Covadonga, junto con los de su muger Gaudiosa (4).

Mientras esto pasaba en Asturias, habian acontecido en los últimos años del reinado de Pelayo sucesos

(4) Sebast. Salmant. n. 44.— ral.—Los árabes de Conde.— El monje de Silos.—El arzobispo Ahmed Almakari y otros. don Rodrigo.—La crónica gene-

importantes en la España musulmana. La derrota de los sarracenos en Poitiers, acaecida en 732, habia realentado á los cristianos de una y otra vertiente del Pirineo Occidental, que alzados en armas se dispusieron á resistir á los árabes al abrigo de sus montañas. En reemplazo del desgraciado Abderrahman muerto en la batalla de Poitiers, fué nombrado emir de España el anciano Abdelmelek ben Cotan, que bajo una cabellera emblanquecida por los años, conservaba el vigoroso corazón de un jóven. Habiendo hallado sus tropas abatidas bajo el golpe del hacha de Cárlos Martéll, las reanimó diciendo: «La guerra es «la escala del paraíso: el enviado de Dios se gloriaba «de ser el *hijo de la espada*, y reposaba en el campo «de batalla á la sombra de los estandartes ganados al «enemigo. Los triunfos, las derrotas y la muerte, todo está en manos del Todopoderoso, que exalta hoy «á los que habia humillado ayer.» Animados con esta arenga los guerreros árabes, dirigíanse con su anciano gefe á la Aquitania, ansiosos de vengar su anterior desastre y la sangre de Abderrahman; mas al atravesar los desfiladeros de la Vasconia, encontraron á aquellos rudos montañeses preparados á atajarles el paso, y cayendo bruscamente sobre los musulmanes los obligaron á retroceder con gran pérdida y á replegarse sobre el Ebro. Segundo ejemplo que encontramos de resistencia de parte de los naturales de España á las armas sarracenas, todo en la cadena de los Pi-